

Mi primer ingreso en los Prados

A la mañana siguiente, cuando me desperté, me salí a la calle para continuar bebiendo, al salir de mi casa me encontré con el practicante que me había puesto la inyección la tarde anterior, me invito a que me subiera en el coche y lo acompañara al otro extremo del pueblo que tenía que ir a curar a un enfermo, quería hablar conmigo, al principio no quería subirme, por que al estar sin beber yo solo quería seguir bebiendo, pero subí. Estaba muy mal y me daba vergüenza de lo que me acordaba de la noche anterior, de lo que no me acordaba me daba miedo. La cabeza me iba a estallar de lo que me dolía, el estomago lo tenía fatal, yo sabía que cuando empezará a beber al principio me darían nauseas pero cuando se me pasara podía seguir bebiendo otra vez. Este hombre me dijo que si sabía lo mal que me había puesto la noche anterior, yo no quería mucha conversación, solo quería que me bajara del coche, necesitaba unas copas lo mismo que un enfermo necesita una medicina, me dijo que la única solución

que tenía mi problema era el ingreso en el manicomio. Aquello si que me sentó mal, le dije que no estaba loco y que no lo necesitaba.

Seguí un mes bebiendo como un desesperado, en una de mis borracheras le tire un baso a Isabel y le di en la sien, poco faltó para que no la matara, mi cuñada Jacinta y mi mujer fueron en busca del juez de Paz que era D. Antonio Barrios, este hombre había sido mi maestro toda la vida y me conocía.

Estando un día en casa de Antoñito Echevarrias tomando vino al medio día, estaba el allí y me dijo que fuera con él al juzgado que quería hablar conmigo, me explicó que no era una denuncia pero que debía de comportarme mejor con mi mujer por que le había dicho que si no cambiaba me denunciaría, yo le dije que no pasaba nada que lo intentaría, muchas noches después de cerrar las tabernas nos juntábamos unos pocos y nos íbamos a jugar a las cartas a casa de alguien que estaba soltero y vivía solo o a alguna casa vieja, el Comandante de puesto de la Guardia civil lo sabía y decía que

mientras el estuviera en el pueblo no se jugaría a las cartas ya que estaba prohibido, al salir de madrugada de donde estábamos jugando la pareja de la guardia civil nos cacheaba y nos citaba para que al día siguiente fuéramos al cuartel.

Una de las veces que fui al cuartel, al llegar me hizo entrega de 8.000 pesetas diciendo que se las habían dado los otros por que habían declarado que me las habían ganado, la noche anterior fue una de las únicas noches que no había perdido, quería que firmara un papel reconociendo que las había perdido, yo le dije que me quedaba con el dinero y que le firmaba un papel donde dijera que me las entregaba pero no que las había perdido, quería engañarme y por poco lo consigue, al final quedó que cuando lo tuviera claro y llamara a los otros que me volvería llamar, yo en ese aspecto estaba tranquilo ya que el dinero no era mío.

Seguí bebiendo más de un mes pero aquello no podía seguir, la vida que llevaba tenía que tener un final, ya bebía con las personas mayores por que me invitaban o tocábamos a poco, le debía

a mucha gente, pequeñas cantidades pero era en muchos sitios, el cerco se iba cerrando cada vez más. No trabajaba, sólo era beber y emborracharme, cuando ya no podía más me fui en busca de Antonio el practicante para que me explicara lo que me había comentado del ingreso en los Prados, aquella situación ya no se podía soportar más, me quedaban pocas salidas.

Este hombre me acompañó a buscar al médico que se llamaba D. José. Fuimos a su casa pero no estaba, su mujer nos dijo que lo encontraríamos en el casino, estaba jugando la partida. Antonio le planteo la situación, se vino con nosotros para hacerme un volante para el ingreso. El Psiquiátrico era de Diputación y sólo se podía ingresar pagando o por la Beneficencia. Había otra forma que era que una persona se volviera loca, lo retenían en el ayuntamiento y avisaban a los loqueros para que vinieran a por él, en mi pueblo había varios que cuando sufrían un ataque de locura se lo llevaba Cecilio con la Ambulancia.

Me fui en busca de mi padre para explicarle la situación y que había decidido ingresarme. No sabía nada y no le pareció bien la decisión que había tomado, trató por todos los medios de convencerme de que dejara de beber sin tener que ir a ese sitio, en aquellos tiempos ir al manicomio era peor que ir a la cárcel. A mi mujer y a mi madre no le pareció tan mal, no había conciencia de que allí se solucionaría el problema, no se conocía la enfermedad del alcoholismo. Yo me iba a ingresar por que estaba loco, solo se sabia, que la gente que estaba ingresada en este tipo de sitios cuando salían si es que salían ya no tenían remedio. Aquello parecía un duelo, parecía que me iba a la guerra, todos llorando, "*que lastima de Antonio donde a tenido que terminar*".

Yo estaba decidido y no me cambiaron mi decisión, esta decisión es una de las más importantes que he tomado en mi vida, de la cual no me arrepiento si no todo lo contrario y cada día estoy más contento de haberla tomado.

La noche anterior la había liado gorda, dentro de mi sabia que no tenia ninguna salida, estaba con resaca y sin beber,

ese día aunque estaba muy mal físicamente no probé ni una gota de alcohol.



Foto de mi Padre con mis dos hijos pequeños

Aquella noche dormí en casa de mi padre, ya que al día siguiente por la mañana teníamos que venir a Jaén. Me acompañaron mi padre y mi hermano Emilio, éste tenía coche y con él nos dirigimos al manicomio para hacer el ingreso. Parecía un duelo, todos íbamos tristes. Lo primero es que no sabíamos lo que había allí dentro y lo que se contaba de este tipo de centros no era nada bueno.

A la hora de entregar los papeles resulta que no me admiten por que tengo que

llevar un papel firmado por el Alcalde del pueblo donde diga que tengo beneficencia y el número. Esto era un problema ya que yo tenía seguridad social, nos volvimos para tratar de solucionar el problema, yo me mantuve sin beber, sabía que si bebía cambiaría de idea.

Mi padre localizó a Juan José Nerón que en aquellos tiempos era el Alcalde. Subió al mesón en busca de él y le planteó el problema que teníamos, este hombre se portó muy bien, no puso ninguna pega, lo mando al ayuntamiento para que el Secretario le hiciera una cartilla a mi nombre y que cuando bajara la firmaría.

Vuelta a ir para hacer el ingreso, esta vez fue la definitiva, ya no me podía arrepentir, llamaron a un enfermero para que me acompañara. Me despedí de los dos llorando. Aquello era grande, en el vestíbulo transitaban varios enfermos con una cara que daba miedo, iban algunos como sonámbulos, otros se acercaban para pedir un cigarro, enfermeros con batas verdes, puertas que estaban cerradas con llave y que veías que habrían para entrar, después

de pasar las volvían a cerrar, me subieron en un ascensor a la primera planta, todo esto teniéndolo que abrir con llave. Una vez en la planta, la impresión fue deplorable. Sólo había hombres, unos paseaban sin parar, otros se acercaban para mirarte, yo tenía miedo por que pensaba que en cualquier momento un loco de aquellos se abalanzaría sobre mí y me mataría.

En esta planta había un comedor, un salón grande donde había una televisión, el despacho del medico que era D. Ernesto Herrera, un botiquín y unos aseos, en el pasillo había tres o cuatro habitaciones individuales que se utilizaban para los enfermos que tenían que estar atados por su enfermedad o en su caso para los alcohólicos que llegaban con un “delirium tremen”. Otra de estas habitaciones la utilizaban para aplicarles a los enfermos que estaban muy agresivos el “electrochoc”. También inyectaban algo en las piernas y se le inflamaban, en esta situación el enfermo no podía ni andar. Había otra habitación con cuatro camas, otra de ocho y una más grande donde había cerca de treinta. A mi me pusieron en la habitación de cuatro camas.

La puerta de la habitación tenía un ventanuco con cristales y barrotes igual que las de las cárceles. A mi me dieron la cama que estaba pegada a una ventana que también tenía rejas

La tarde la pase pegado a un enfermero que era el que había bajado a por mi y que se llamaba Barranco, tenía miedo de ver a los demás enfermos que yo creía que eran peligrosos. Llegó la tarde y mientras nos daban la merienda una monja que se llamaba Sor Soledad y con muy mal humor, empezó a rezar el rosario, le ayudaba un enfermo que era maestro de escuela que se llamaba D. Antonio C.

Este hombre estaba allí por que había matado a su padre en un ataque de locura. Su padre estaba ingresado en la clínica de los Siles con una enfermedad incurable, estaban esperando que se muriera, tenía mucho sufrimiento, un día llegó con un cuchillo y lo mató. Al ser preguntado de por que lo había hecho, contesto que para que no sufriera más, en vez de llevarlo a la cárcel lo dieron por loco y lo ingresaron. Estuvo arreglando los papeles para que la paga de maestro cuando él muriese

se la quedara una hermana que tenía, cuando lo tubo todo en regla una mañana apareció ahorcado en un pino del recinto hospitalario. Este desagradable y triste acontecimiento sucedió cuando yo ya no estaba ingresado.

Antes de la cena un enfermero cogió una caja con distintas medicinas y los enfermos por fila les fue dando a cada uno lo que les correspondía. Recuerdo que algunos tomaban unas gotas que eran para los nervios, sin contar con el cuentagotas a cada uno le echaban un chorro, era una medicación a cálculo. Después de cenar dejaban que la gente estuviera en el salón. Las habitaciones las tenían cerradas con llave. Cuando daban la orden de acostarse, los enfermos salían en bandas, muchos se dormían sentados a consecuencia de la medicación. Había que acostarse antes de que entrara el relevo de la noche,

Yo me acosté y estuve toda la noche esperando haber cual era el loco que se iba a levantar primero para cogerme del cuello. Me tapé la cabeza para hacerme el dormido pero no pugué ojo en toda la noche, tenía mucho miedo. Al contrario

de lo que yo pensaba, los tres compañeros de habitación estuvieron roncando como niños chicos.

Al amanecer nos despertaban, había que hacer la cama como si estuvieras en la mili. Antes de desayunar tenían que estar las habitaciones limpias y las camas hechas, había enfermos de los que estaban mejor que se encargaban de limpiar las zonas comunes a cuenta de algún paquete de tabaco que les daba la monja. A la hora del desayuno la monja iba nombrando a algunos enfermos y les preguntaban que si querían tabaco y si necesitaban algún dinero, después me enteré que tenía guardado lo que la familia les llevaba a los enfermos y era ella la que lo administraba.

Este pabellón se llamaba clínica de hombres, estaba independiente del resto de los demás, para bajar al patio había que hacerlo por una escalera interior, el patio estaba vallado con una alambrada de más de cuatro metros en previsión de que los enfermos no la saltaran y se escaparan, nos bajaban dos veces una por la mañana y otra por la tarde.

Aquella mañana no bajé al patio, me quedé en el pabellón ya que me tenía que ver el medico.

D. Ernesto le tenía miedo a los enfermos, entré en el despacho acompañado por el enfermero, había una mesa donde estaba sentado el médico de cara a la puerta, al lado de la puerta había una silla de cara a la mesa donde me dijeron que me sentara, el enfermero en todo momento permaneció a mi lado de pie, desde la silla a la mesa había más de cuatro metros, me dijo que me iba a tomar el "Antabús" (un medicamento contra el alcoholismo) y que después me darían vino para que lo aborreciera y que al día siguiente me llevarían al hospital para sacarme sangre para hacerme unos análisis y pasados unos días me harían una extracción de la medula para analizarla. Terminada la consulta esperé a que subieran del patio, ya que el tratamiento empezaría al día siguiente. Comimos y esperamos para bajar al patio de nuevo. Aquello si que era un espectáculo, había enfermos que se creían que eran Dios otros daban voces a los de los otros pabellones, había otros que una vez que llegaban al patio

los ataban a un banco de hierro o a una de las moreras que allí había con unas correas de cuero por un pie como si fueran animales, a pesar de lo alto de la valla intentaban escaparse, a media tarde a los que tenían dinero para comprarse un refresco (que era lo único que te vendían) nos llevaban a la cantina, salían dos enfermeros delante y otros dos detrás, en cada sitio por donde se podían escapar había un enfermero.

Al día siguiente a las siete de la mañana me dieron seis pastillas, de Antabús. Transcurrida una hora me llamaron al despacho del medico y me dieron una caña de vino de tres pistolas, el primer día no me paso nada, me puse un poco rojo y me palpito el corazón pero pude desayunar. Este tratamiento me lo hacían en días alternos por que para hacerlo todos los días era peligroso. Cuando llevaba tres tomas iban aumentando la dosis de vino para que me hiciera más efecto, me daban vómitos, palpitaciones, lo mismo echaba por delante que por detrás, me ponía muy malo, en 24 días hice doce tomas, las ultimas fueron fatal, me daban unas sudoraciones para después pasar a un

frió de quedarse congelado, me tenían que echar varias mantas por que no había quien me quitara la tiritera, cuando veía la botella antes de tomarme el vino entraba dando arcadas le había tomado asco. Yo pensaba que aquello podía funcionar.

Una vez a la semana nos llevaban a una especie de terapias que coordinaba el doctor Camacho. En estas reuniones cada uno exponía lo que bebía y la forma que lo hacia, trataban de buscar la causa de porqué habíamos caído en el alcohol. Yo defendía que no había tenido ninguna causa, ya que mi niñez había sido feliz a pesar de los pocos medios con los que se contaban. Este doctor defendía la otra teoría, nos hacían pintar un dibujo a partir de un punto y una raya, uno de los días salió una casa, yo pinte la ventana, me dijo que él si sabía mi causa, me explicó que estaba falto de libertad.

También una especie de test. Que consistía en enseñarte dibujos muy raros para que tu le dieras un significado. Después de pasados muchos años e llegado a la conclusión de que aquello no servía para nada. Mi

problema era que cuando empezaba a beber no sabía como terminar, además tenía que beber todos los días, aunque me daba cuenta de que me estaba destrozando no sabía como detenerlo.

Las visitas eran sólo los jueves y los domingos, recibí visitas de toda mi familia y de muchos de mis amigos, vino mi amigo Luís, su hermano Pablo el Pulgo, Manrique, Josi. Recuerdo a Aleja, una mujer que tenía allí a su marido desde hacía muchos años, ella y su hija iban todos los domingos a verlo y charlaban conmigo. La que no faltaba era mi mujer, me llevaba a los chiquillos para que los viera. Las primeras visitas se celebraban en una habitación habilitada para tal fin, los que iban preguntaban por el enfermo que querían visitar, lo buscaban le ponían una ropa limpia para que pareciera que estaba en un hotel. Aquello había que verlo por dentro, en esta habitación y vigilado por varios enfermeros estabas con tu visita hasta que llegaba la hora de que terminaban, ellos se iban y a los demás nos metían a cada uno en su barracón.

Uno de los acontecimientos que son difíciles de olvidar fue la boda de mi

hermano el pequeño, la boda estaba preparada, yo podía haber pedido permiso para asistir, mi familia tenía miedo de que si volvía para la boda empezara a beber y volviéramos a tener el mismo problema, yo no tenía gana de ir al estar muy recientes los acontecimientos que me habían llevado a ingresarme.

Mi hermano Fausto y su Novia Andrea me visitaron el día anterior a la boda, estuvimos mucho rato llorando al ver que por culpa de mi mala cabeza no podíamos estar la familia reunida en un acontecimiento tan importante para todos. Al final no fui y me quede ingresado por que era lo mejor, ellos seguro que estuvieron pensando que estaba ingresado, yo sufriendo por que no había podido ir. A mi hermano seguro que no se le habrá olvidado, por que no fue sólo la boda, si no que en la despedida de soltero no me emborrache como de costumbre. Se me metió en la cabeza el terminar la juerga en Jaén, nos vinimos los tres hermanos solos, al final me tuvieron que dejar solo por que no quería regresar con ellos.

Pedí permiso al medico para en las horas que tenia que estar en el patio bajarme a la biblioteca, me lo concedieron ya que había tenido un buen comportamiento, eso cambio mi estancia. Tenia alguna libertad, ayudaba a los enfermeros en lo que podía, me mandaban a la cantina a comprar cerveza y bocadillos para ellos, así que salía cuando quería dentro de unas normas, cuando recibía visitas ya no tenia que estar en la sala si no que me podía ir de paseo dentro del recinto, cuando llegaba mi mujer nos salíamos con los chiquillos y paseábamos, a Isabel le daban mucho miedo los locos y cuando terminaba la visita se iba corriendo al autobús. El que no estaba dentro, no sabia que los que estaban sueltos no eran peligrosos, era normal que tuvieran recelo ya que se sentían muchas voces y gritos por las ventanas, pero nunca se metían con nadie, eran cansinos pedían tabaco, estaban faltos de conversación, decían cosas que no eran coherentes, una vez que los conocías sabias que una palabra agradable para ellos era el mejor regalo.

Los tratamientos eran tercermundistas, a los que se ponían muy rebeldes les

daban unas gotas que los tenían durmiendo todo el día y toda la noche. A los que con medicamentos no conseguían que la agresividad disminuyera, le aplicaba un electrochoc y se escuchaban los gritos por todo el recinto. Otro de los métodos que empleaban como castigo, era aplicarles una inyección de aguarrás, cuando se la ponían las piernas se le inflamaban hasta tal punto que no podían caminar. En los tiempos que estábamos, aquello era deprimente, cuando se me paso la borrachera, al ver todo este tipo de cosas te ponías peor, pensaba que por culpa del alcohol había terminado como un enfermo mental. No llegué a conocer las camisas de fuerza, ya no existían, había otra cosa peor, utilizaban unas correas provistas de un tornillo para atar a los enfermos, había de todos los tipos, unas eran como un cinturón del cual salían dos trozos uno para cada mano, otras eran parecidas a las que se usaban para trabar a las bestias. Con estas mismas correas ataban a la cama durante días a los que llegaban en mal estado, hasta que les hacia efecto la medicación y los ponían como zombis.

Allí nadie me decía cuando me tenía que ir, el médico sólo me vio el día que llegué, le preguntaba a Milla que cuando me darían el alta y me decía que no tuviera prisa, había personas que se tiraban hasta años, los médicos se olvidaban de ellos.



Interior de un manicomio

Yo podía haber estado allí varios meses, mi situación era que había puesto mis ideas en orden y que tenía que salir para rehacer mi vida, había varias personas en las mismas circunstancias que yo. Conocí a Ramírez que era de Cárcel, a otro de Pegalajar que tenía un bar, a un panadero de Jaén llamado el “Negro”, a Félix el del bar de Arrabalero.

Todos estos estaban por que la familia los había denunciado, estaban deseando salir para seguir bebiendo con más fuerza, aquello no era ningún ejemplo a seguir, eran personas más mayores. Yo con 29 años era joven, aunque había vivido muy deprisa, todavía tenía toda una vida por delante, decidí pedir cita para hablar con el médico, me la concedieron y el médico me dijo que me daría el alta pero que tenía que venir mi familia.

Allí no se podía llamar por teléfono, había días concretos para dar las altas, en la próxima visita que era domingo quedé con mi mujer de que viniera el jueves siguiente por la mañana que me iban a dar el alta y que tenía que hablar con el médico. Le hicieron firmar un papel haciéndose responsable de lo que yo hiciera. Le dijo que tenía que estar tomándome el Colme durante tres meses y que a los tres meses que volviera para consulta.

Aunque salía todos los días a los alrededores para darme un paseo me sentía preso. Cuando por fin me vi saliendo por la puerta principal sentí una sensación de libertad, esta sensación no

se puede explicar, ahora tenía que enfrentarme a todo lo que había dejado atrás, había gente a la que debía dinero, era pocas cantidades pero a mucha gente. Había otros con los que había discutido y tendría que pedirles perdón. La guardia civil seguro que me llamaría.

Volvía a tener miedo. Sabía como se quitaba, pero sería volver a empezar de nuevo y yo no quería, había que ser fuerte y enfrentarse con todo. Era una lucha interna que no sabía como iba a solucionar, había que enfrentarse a una realidad que había dejado en la calle, había que ser valiente y yo no lo era en aquellos momentos. Lo mas fácil era beber, lo mas difícil mantenerse en abstinencia y enfrentarse a todo lo que había dejado sin solucionar.